

RICARDO PASCUAL

## ALGUNOS ASPECTOS DEL COMERCIO ANTIGUO SEGUN LAS ANFORAS

El comercio en la antigüedad clásica ha sido objeto de numerosos estudios, algunos de ellos muy notables, pero siempre se han tomado como base principal las noticias que sobre sus diversos aspectos nos han legado los autores antiguos, ya que los elementos de juicio proporcionados por la arqueología, además de escasos eran de problemática interpretación.

Pero en los últimos años, gracias al desarrollo de la llamada Arqueología Submarina, han sido hallados una serie de yacimientos del más alto interés para este sujeto.

Una ya larga serie de naufragios antiguos han sido descubiertos en las costas del Mediterráneo, que han proporcionado gran cantidad de nuevos materiales, en su inmensa mayoría ánforas. Estos conjuntos han evidenciado la contemporaneidad de ciertos tipos, y a menudo la exploración cuidada del pecio ha permitido la recuperación de elementos bien datables, que automáticamente han fechado todo el yacimiento.

Por ello los conocimientos que poseíamos sobre esta especie de vasos han tenido ocasión de realizar un notable avance, y con él, los ejemplares que desde hace tiempo estaban expuestos en nuestros museos, que en general procedían de yacimientos terrestres, han podido ser reinterpretados bajo una nueva luz.

Como sea que las ánforas no son otra cosa que los envases de determinadas mercancías, que se producían masivamente en plan industrial y que, por lo tanto, a su vez eran también fabricadas en grandes cantidades y bajo prototipos normalizados, es fácil comprender que el día que sepamos con certeza el contenido, origen y fecha de uso de cada tipo o variante, estaremos muy cerca de la realidad sobre el comercio de determinados productos.

No obstante, no es posible pretender con los actuales conocimientos obtenidos de las ánforas, reconstruir la historia del comercio antiguo, aparte de que sería absurdo prescindir de los informes que nos proporcionan las fuentes y los otros aspectos de la arqueología, pero dentro de un campo limitado por la misma naturaleza del material, pueden ensayarse algunas precisiones parciales y un tanto inconexas, pero que pueden ser fundamentales para suplir el silencio de los autores antiguos en determinados aspectos.

Además de la limitación implicada en el tema, existirá en nuestro estudio la derivada del hecho de que las ánforas raramente han sido publicadas, y cuando lo han sido se ha hecho por medio de mediocres fotografías tomadas durante la excavación y que, por lo tanto, muy difícilmente pueden ilustrarnos sobre su tipología. Sus marcas o inscripciones han sido siempre publicadas mucho más cuidadosamente, pero el desligar la epigrafía de la tipología, esteriliza casi por completo su estudio.

Ante esta falta casi total de ánforas bien publicadas, y como las escasas excepciones sólo dan una visión muy parcial de la cuestión, para conocer las que en España han sido halladas no existe otro medio que el de peregrinar por nuestros museos y colecciones; ello es lo que hemos hecho en los del litoral mediterráneo, y debemos hacer constar nuestra gratitud a sus respectivas direcciones, que tantas facilidades y atenciones nos han ofrecido. Nuestra relación constante con algunos centros de buceadores, muy en especial con el Cris de Barcelona, nos ha proporcionado asimismo abundantes piezas y preciosos datos sobre sincronías, situaciones geográficas, etc. Para la Bética atlántica y zonas limítrofes que no hemos tenido ocasión de visitar, hemos de agradecer los valiosos informes y magníficos dibujos que nos ha remitido don Alberto P. Zunzúnegui, de Sevilla. Para los países extranjeros, Francia e Italia especialmente, aparte de las frecuentes y bien ilustradas publicaciones de los profesores Benoît y Lamboglia, hemos mantenido desde hace tiempo un interesante intercambio de documentación con M. Robert Diot, de París, que nos ha proporcionado una gran cantidad de inapreciable material de confrontación magníficamente reproducido.

Del estudio y comparación de todo este material, que pese a que se acerca al millar de piezas cotejadas, consideramos aún insuficiente, se desprende ante todo y como primer punto firme adquirido por el estudio de las ánforas, que el uso masivo de estos recipientes no se inicia hasta los alrededores del año 200 antes de Jesucristo.

Al hacer esta afirmación hemos dejado de lado las muy numerosas ánforas llamadas "de la costa catalana", "greco-púnicas", "de boca plana" o quizá con mayor objetividad, simplemente "ibéricas", que tan profusamente aparecen en las estaciones prerromanas del Sur de Francia, Cataluña y Valencia, debido a que su forma se resiste a toda seriación tipológica, ya que no son un producto industrializado y por lo tanto sus variantes, que se usaron a lo menos durante las tres centurias anteriores al cambio de Era, son

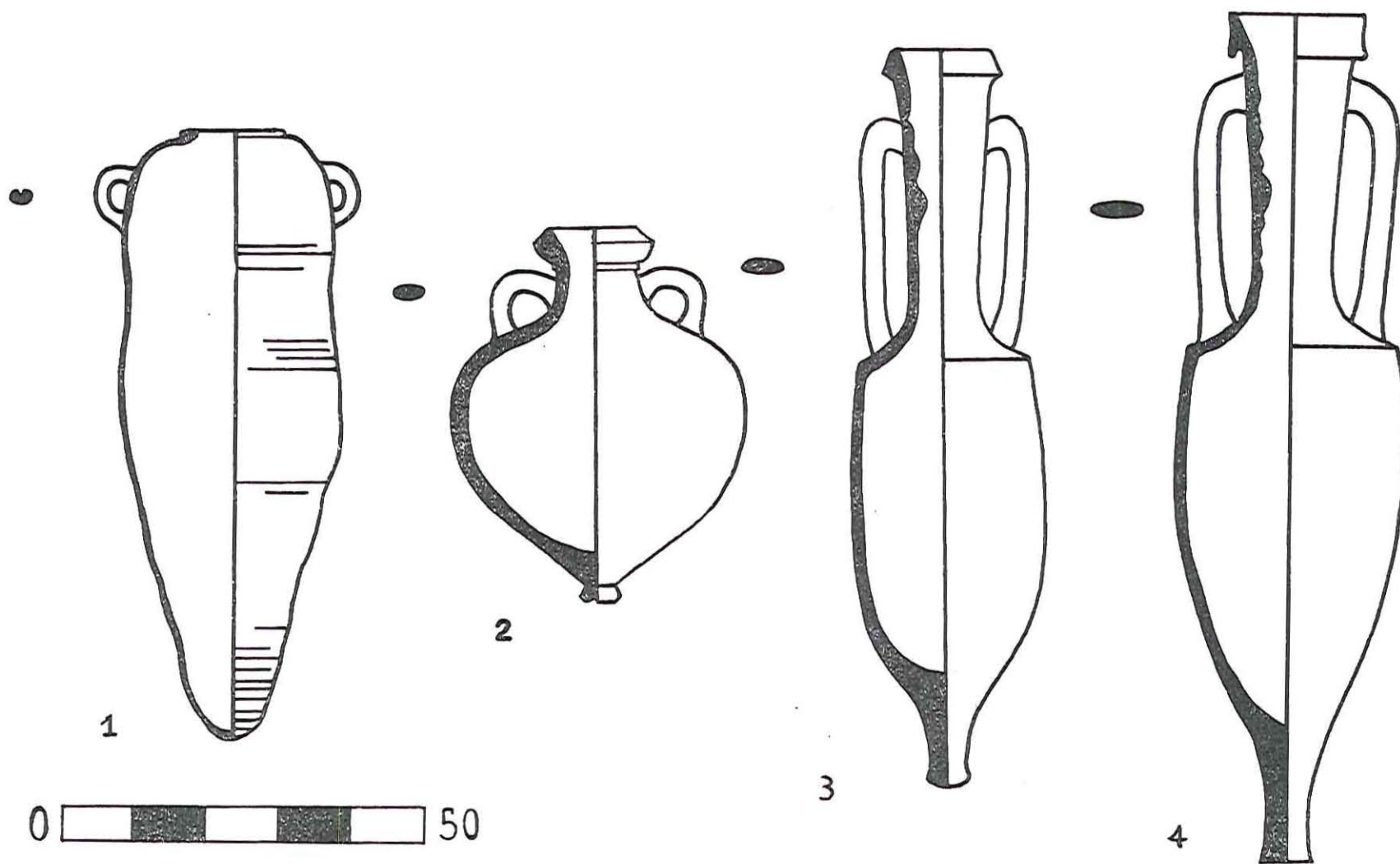


LÁMINA I.—1. Anfora ibérica procedente de la Torre dels Encantats, Arenys de Mar (Barcelona). En el Museo de Arenys de Mar.—2. Anfora masaliota o griega de Ampurias. En el Museo de Gerona.—3. Anfora vinaria itálica de la forma Dressel I A, de Sagunto. En el Museo de esta población.—4. Anfora vinaria itálica de la forma Dressel I B, del pecio de “Sa Nau Perduda”, Bagur (Gerona). En el Museo de Gerona.

infinitas y difícilmente fechables, si no es por el contexto (lámina I, figura 1).

En cuanto a las ánforas importantes no fabricadas en el país, como las antedichas, casi todos los ejemplares hallados en España y fechables en los siglos IV o III e incluso en algunos casos raros, hasta en el V, pertenecen al tipo llamado "masaliota" o "greco-masaliota" (lám. I, fig. 2). Es en Ampurias donde aparecen con mayor frecuencia, cosa absolutamente normal, puesto que es la única colonia griega excavada en España. En el resto de la Península sólo conocemos algunos ejemplares aislados hallados en el mar. Existen un par, procedentes de la Costa Brava, relacionables con Ampurias; otro al sur de Barcelona, en Sitges, y otro en Valencia (en el Saler). También en aguas mallorquinas se han recuperado dos ejemplares de perfil muy arcaico<sup>1</sup>.

Aunque de su distribución geográfica es muy problemático sacar deducciones, parece evidente que llegaron desde el Norte. Sin duda son un testimonio de la expansión de los vinos masaliotas, únicos que en aquellos tiempos conocerían los habitantes de España. Su escasez demuestra, a nuestro entender, que el gran comercio de artículos alimenticios no se había iniciado aún en aquellos tiempos. Serían objeto de comercio otros productos de menos volumen y mayor precio, como por ejemplo, la vajilla precampaniense, aunque excepcionalmente un ánfora de precioso vino podía ser llevada a Iberia.

Para la época inmediata posterior, las ánforas nos revelan varios importantes movimientos comerciales. A partir de los inicios del siglo II antes de Jesucristo llegan a nuestras costas por indudable vía marítima, enormes cantidades de ánforas conteniendo vinos itálicos. En este aspecto España no es una excepción, puesto que desde este momento hasta algunas décadas después del cambio de Era, todo el Mediterráneo occidental es materialmente invadido por estos vinos. El volumen de este comercio debió ser muy considerable, tanto es así que casi el 50 % de pecios antiguos conocidos pertenecen a esta época y contienen ánforas vinarias.

Las ánforas usadas para este transporte son de tipología poco variada; las más frecuentes son las pertenecientes al tipo I, de Dressel<sup>2</sup>, en sus dos variantes más comunes: la variante A, propia del siglo II, y la B, propia del I<sup>3</sup> (lám. I, figs. 3-4). Su fecha y su contenido quedan fuera de dudas por las numerosas inscripciones que sobre ánforas de este tipo publicó Dressel<sup>4</sup>. Estas presentan fechas consulares que van desde el 129 al 13 antes de Jesucristo, y a su vez explícitas inscripciones indicando que contenían vino, a menudo falerno u otros vinos itálicos.

<sup>1</sup> MASCARÓ PASARIUS, J. (1962).

<sup>2</sup> C. I. L., XV (Lámina II).

<sup>3</sup> LAMBOGLIA, NINO (1955).

<sup>4</sup> C. I. L., XV, núms. 4.554 y 4.556 y ss.

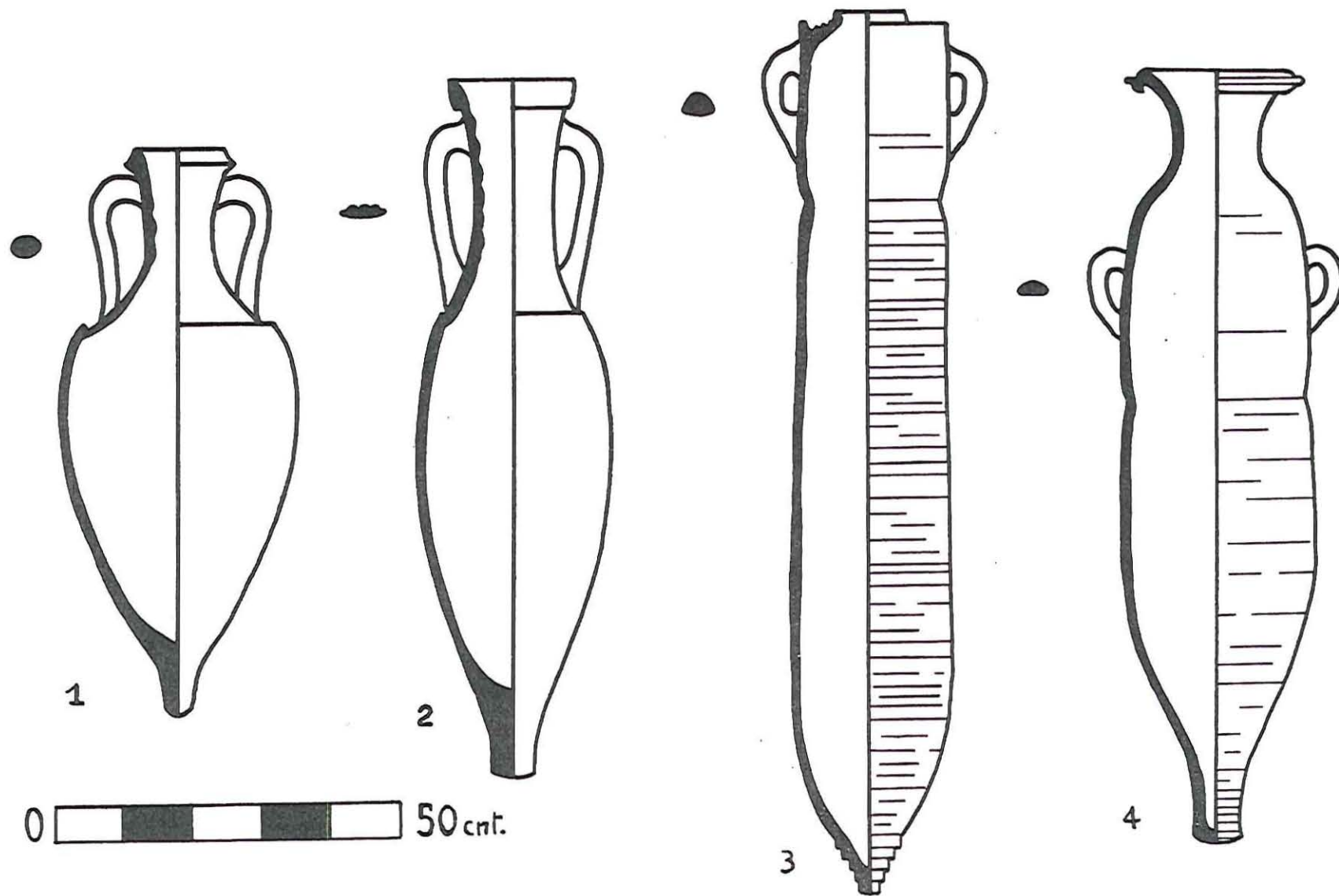


LÁMINA II.—1. Anfora vinaria greco-italica, procedente de un lugar indeterminado de la provincia de Alicante. En el Museo de Alicante.—2. Anfora itálica para salazones de tipo Dressel I 2, del pecio de Ametlla de Mar (Tarragona). En el Museo de Reus.—3. Anfora púnica del tipo Maña D (filtro) de Ampurias. En el Museo de Barcelona.—4. Anfora púnica del tipo Maña C de Benidorm (Alicante). En el Museo de Alicante.

Otro tipo empleado con el mismo fin es el llamado greco-itálico, usado a lo largo de todo el siglo II en sus diversas variantes más o menos panzudas según su mayor o menor antigüedad (lám. 2, fig. 1). Su fecha nos la demuestra su sincronía en varios yacimientos submarinos con cerámica campaniense A<sup>5</sup> y su posición estratigráfica en los yacimientos terrestres. Que su contenido era vino, no es más que una hipótesis, ciertamente muy razonable.

De la diversa distribución sobre nuestra geografía de estos dos tipos, pueden extraerse algunos indicios de difícil interpretación, pero fuertemente sugeridores.

Las ánforas de la forma Dressel I se hallan mayormente en Cataluña y parte de Valencia, mientras que las greco-itálicas son más frecuentes en las zonas situadas más hacia el Sur. Desde luego y eventualmente pueden hallarse los dos tipos en ambas zonas, pero según parece desprenderse de los yacimientos o ejemplares aislados que conocemos, su frecuencia se distribuye en la forma antedicha.

La forma Dressel I, como nos demuestran las inscripciones, se fabricaba en el Lacio o en la Campania, además son hallazgo frecuente en los yacimientos submarinos de Provenza, por ello suponer una ruta que siguiera las costas de Italia y Francia para abastecer los mercados del noroeste de España, es una hipótesis verosímil. En cambio para las greco-itálicas, aunque no existe una certeza absoluta se les ha supuesto un origen siciliota, y si ello es cierto, es posible suponer otra ruta que partiendo de dicha isla y costeano el Norte de Africa, abasteciera la zona Sureste y Sur de nuestra Península.

No obstante hay que reconocer que todo ello es sólo una suposición, debida tal vez a la casualidad de los hallazgos, puesto que en Ampurias y en los yacimientos submarinos cercanos se da con mayor frecuencia la greco-itálica que la Dressel I, aunque también ello podría ser un indicio de las relaciones comerciales de nuestra colonia, con sus hermanas de Sicilia o con las que existieron en el Sur de España.

No es tan sólo el vino el producto del que las ánforas nos ofrecen testimonio de importación en época republicana. Las salazones o conservas de pescado también eran importadas, a lo menos en la zona más septentrional de nuestra costa mediterránea. Ello nos viene probado por tres ánforas pescadas frente a Ametlla de Mar (Tarragona) (lám. III, fig. 2), procedentes de un probable pecio y que se guardan en el Museo de Reus y por otras dos aisladas, procedentes de las Islas Medas (Gerona) e Ibiza respectivamente, atribuibles a la forma 12 de Dressel. De este tipo de ánfora sabemos que contuvo salazones itálicas; testimonio evidente de ello

<sup>5</sup> BENOÎT, FERNAND (1961).

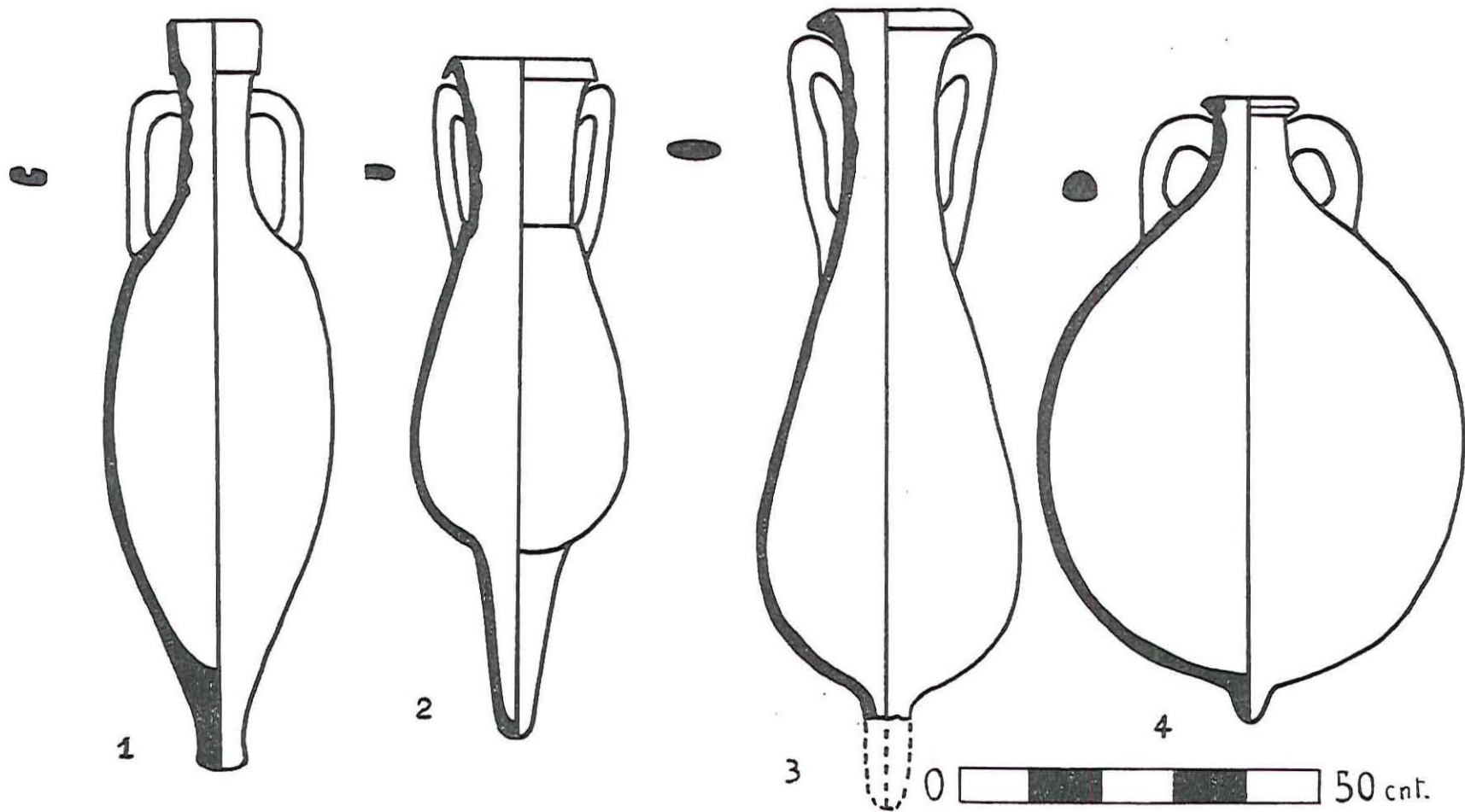


LÁMINA III.—1. Anfora vinaria fabricada en Cataluña imitando la forma Dressel I procedente de Badalona (Barcelona). En el Museo de Badalona.—2. Anfora probablemente bética para salazones de la forma Dressel 8 de uno de los pecios de Cala Culip (Gerona). En el Museo Marítimo de Barcelona.—3. Anfora bética para salazones de la forma Pelichet 46 del puerto de Cartagena. En el Museo de esta población.—4. Anfora bética para aceite de la forma Dressel 20 de un alfar cerca de Axati (Córdoba). En el Museo de Córdoba.

son: algunos ejemplares hallados en Roma, con inscripciones indicando que contenían: *Garum Puteolani*<sup>6</sup>, es decir, hecho en Puteolí y por los muy numerosos del pecio del Titán en Provenza, que conservaban espinas en su interior<sup>7</sup>. El cargamento de esta nave estaba completado por cerámica campaniense B, lo cual nos proporciona dos interesantes datos; una fecha aproximada: el siglo I antes de Jesucristo, y una procedencia posible: Campania.

Para la época anterior al cambio de Era, las ánforas no nos proporcionan ningún indicio de qué productos formaban la contrapartida de estas importaciones. Desde luego, ello no significa en modo alguno que no existiesen; sin duda, los barcos que arribaban a nuestras costas con cargamentos de vino, salazones o cerámica campaniense, se llevarían algún producto, pero de él o de ellos al parecer sólo puede asegurarse que no eran adecuados para ser envasados en ánforas. El dato negativo de la carencia de hallazgos submarinos que lo testifiquen es suficientemente sólido, puesto que es evidente que las posibilidades de naufragio son idénticas, tanto en el viaje de ida como en el de vuelta.

En las Islas Medas se halló, en un probable pecio, un ánfora de la forma Dressel I, que por el estadio evolutivo en que se encuentra puede fecharse hacia el año 100 antes de Jesucristo<sup>8</sup>. Contenía resina de pino en estado natural, es decir, como se obtiene del árbol, sin haber sufrido ningún proceso de cocción o destilación. Es lógico suponer que esta resina procede de la cercana zona de bosques del Pirineo, y entonces podría considerarse como un indicio, el único, de los productos exportados por Hispania. No obstante, el hecho de que esté contenida en un ánfora, que sin ningún género de dudas es itálica, constituye una seria dificultad. No nos parece probable que esta ánfora con su contenido viniese de Italia, puesto que en este caso la resina no estaría, por así decirlo, en bruto, sino ya a punto de ser usada; en cambio, creemos mucho más posible que se trate de un producto autóctono envasado en un ánfora amortizada. La poca adecuación del recipiente, ya que para extraerlo hay que romper necesariamente el ánfora, abona tal vez esta suposición.

Este es el único indicio que poseemos y como puede verse, es muy endeble y, aún en el mejor de los casos, se trata de un caso de reemplazo, pero existen en esta época otros tipos de ánfora, que en pura hipótesis pueden ser considerados en algunos casos, de origen hispánico; nos referimos a los tipos llamados púnicos, de época más o menos tardía. Estas ánforas han sido clasificadas por Maña<sup>9</sup>, estableciendo cinco tipos con nu-

<sup>6</sup> C. I. L., XV, núms. 4.687 y 4.688.

<sup>7</sup> TAILLIEZ, PHILIPPE (1958).

<sup>8</sup> PASCUAL, RICARDO (1962).

<sup>9</sup> MAÑA, JOSÉ M.<sup>a</sup> (1951).



merosas variantes. Sus hallazgos parecen concentrarse en las provincias de Murcia (La Cruz, Cartagena) y Alicante (La Serreta, la Albufereta), y desde luego en Ibiza, donde existe entre otros, un interesante yacimiento submarino, constituido por un pecio que contiene ánforas probablemente itálicas fechadas en el siglo II, y otras del tipo C de Maña<sup>10</sup>. No sabemos explicar esta sincronía y es de lamentar que este yacimiento no haya sido todavía bien estudiado, puesto que probablemente y en el caso que el punto de origen del barco pudiese ser establecido, quedarían despejadas muchas incógnitas. En Cataluña tampoco son raras, existen los conocidos filtros de Ampurias, que no son otra cosa que ánforas del tipo D de Maña; asimismo han aparecido aisladamente en algunos hallazgos submarinos ejemplares del tipo C, y muy recientemente ha sido hallado otro en el poblado prerromano de Burriac (Barcelona), en un ambiente del siglo II antes de Jesucristo (lám. II, figs. 3-4).

Pese a que algunas de las ánforas llamadas púnicas deben ser muy arcaicas, cuando se les puede atribuir una fecha más o menos concreta, ésta es posterior al año 200 antes de Jesucristo, como hemos visto.

Por estos tiempos los cartagineses no jugaban ya ningún papel en España, a lo menos políticamente, pero en las colonias del Sur por ellos fundadas o en los núcleos de población desarrollados gracias a su estímulo, las formas económicas de tipo púnico debieron perdurar bajo el dominio romano. Por ello parece lógico que ciertos ejemplares fuesen fabricados en nuestra Península, sin desechar no obstante la posibilidad de que procediesen del Norte de Africa, puesto que los acontecimientos militares no implican necesariamente una interrupción absoluta de los contactos comerciales.

En cuanto al contenido de estas ánforas, muy poco puede decirse. Del tipo C tenemos indicios, proporcionados por restos de contenido, de que en algunos casos se usaron para envasar salazones de pescado. Su amplia boca en forma de embudo, aspecto éste característico de las ánforas para salazones más tardías, podría interpretarse como un apoyo para esta suposición. En pura hipótesis podemos sentar que estas ánforas contuvieron las célebres salazones hispánicas, de las que tan a menudo nos hablan las fuentes y que para la época republicana, hasta el presente no han sido atestiguadas arqueológicamente.

Con el cambio de Era aparecen en la costa septentrional del Mediterráneo español unos nuevos tipos de ánfora que, sin duda, imitan los ejemplares itálicos de las formas Dressel I y II de época republicana. En varios puntos de Cataluña se han descubierto escombreras de hornos cerámicos dedicados a su fabricación, en playa de Aro, Calella, Llavaneres, Caldes de

<sup>10</sup> COMPANY, FRANCISCO.

Montbui y Reus<sup>11</sup>, con lo que su país de origen queda probado hasta la evidencia (lám. III, fig. 1). Estas escombreras aparecen generalmente formando parte de los restos de grandes villas rústicas, fechables por la cerámica superficial recogida, puesto que ninguna ha sido objeto de una excavación metódica en los siglos I y II después de Jesucristo.

El área de difusión de las imitaciones de la forma I sólo cubre parte de Provenza (Narbona, Enserune), toda Cataluña y probablemente Valencia; el testimonio más meridional que conocemos, procede del vertedero submarino de El Saler, al sur de la ciudad de Valencia.

El área de las imitaciones de la forma 2, es mucho más difícil de establecer, puesto que, al contrario de las de la forma 1, es prácticamente imposible distinguirlas de los ejemplares itálicos, que a menudo pueden ser mucho más arcaicos. En Badalona (Barcelona), donde ambos tipos se dan frecuentemente, aunque predominan las imitaciones de la forma 1, apareció un ánfora de la misma que contenía en su interior una materia casi sólida, que según un análisis que D. J. M.<sup>a</sup> Cuyás, excavador de este yacimiento, mandó hacer, resultó ser vino.

Los vinos layetanos y tarraconenses son citados por los autores antiguos<sup>12</sup>. Como sea que entre estas citas y la fecha que puede atribuirse a estas ánforas existe una notable coincidencia, suponer que fueron los envases de dichos caldos nos parece una hipótesis bien razonable. Es cierto que, según estos mismos autores, estos vinos eran consumidos en Roma, y allí, que sepamos, no ha sido hallada ningún ánfora de este tipo, pero probablemente ello ha sido debido a que por su semejanza con las propiamente itálicas no han sido notadas. Ya en época republicana las fuentes nos hablan de los vinos de la Bética<sup>13</sup>, pero hasta ahora no hemos podido averiguar en qué ánforas eran envasados. Para la época más arcaica, tal vez pueda pensarse que algunas variantes de la forma Dressel I, aunque generalmente se consideran itálicas, fuesen fabricadas en esta región, pero para los siglos siguientes, pese a la rica tipología que el país nos ofrece, ningún indicio poseemos sobre el asunto. En estos primeros tiempos del Imperio, la importación de vinos itálicos, aunque muy atenuada, debió persistir a lo menos en la mitad Sur de España, donde han aparecido algunas ánforas más o menos atribuibles a la forma 5 de Dressel y muy semejantes a otras halladas en gran número en Pompeya. Hasta el presente no se ha descubierto ningún naufragio con cargamento de ánforas de este tipo, por lo que puede deducirse que el volumen de este comercio fue relativamente pequeño. Este tipo anfórico parece extinguirse a finales del siglo I de la Era y con él probablemente cesó la importación de vinos italianos en nuestra Península.

<sup>11</sup> PASCUAL, RICARDO (1960).

<sup>12</sup> PLINIO: *N. H.*, XIV, 71; y MARCIAL, I, 26; VII, 53.

<sup>13</sup> ESTRABÓN: III, 2, 6, y PLINIO: *N. H.*, XIV, 30, etc.

También a partir del cambio de Era, las salazones de pescado fabricadas en la Bética, quedan largamente atestiguadas por una gran cantidad de ánforas que sin duda las contuvieron. Su tipología es variada; en el siglo I aparece como más característico el tipo atribuible a las formas 7-8 de Dressel, en muy diversas variantes (lám. III, fig. 2). Se hallan en todo el Mediterráneo occidental y se extienden hasta el interior de Galia y Germania. Las numerosas inscripciones conocidas sobre ánforas de este tipo<sup>14</sup> dejan sin lugar a dudas su habitual contenido, *garum*, *muria*, *liquamen*, *limphatum*, etc., todo ello conservas de pescado de diversos tipos y sin duda de diversas calidades. Su origen hispánico sólo está probado circunstancialmente, por el hecho de que en nuestra Península son más abundantes que en parte alguna y porque se piensa, que las salazones tienen grandes probabilidades de ser hispánicas. No obstante, no debe olvidarse que ya en este siglo la Narbonense y Africa producían salazones y que nada sabemos de las ánforas que se usaron para envasarlas. En el siglo siguiente, II de la Era, las ánforas para salazones no son menos abundantes. Su forma ha variado algo, se han vuelto más altas y más voluminosas, sus ejemplares más característicos pueden atribuirse a la forma Pélichet 46<sup>15</sup> (lám. III, fig. 3). Su contenido queda demostrado por algunos restos epigráficos, como, por ejemplo, un ánfora de Archena, que contenía *muria*<sup>16</sup>. Su país de origen, Hispania, ha quedado evidenciado sin ningún género de dudas, gracias a un par de hallazgos submarinos. En Sa Tuna (Gerona)<sup>17</sup> aparecieron en sincronía con ánforas de la forma 20 de Dressel, de las que sabemos con certeza que eran fabricadas en la Bética, y en el pecio de Planier, en Provenza<sup>18</sup>, han sido halladas junto con panes de cobre, cuya estampilla revela que proceden de Onoba (Huelva).

Los dos tipos de ánforas mencionados no son, desde luego, los únicos de los que sabemos, en general, gracias a sus inscripciones, que contuvieron salazones. Existen otros, tales como los de las formas 10 y 14 de Dressel, que probablemente también eran de fabricación hispánica y que seguramente se usaron durante el I y el II siglo, y otros, como los de la forma Dressel 27, que en algunos casos también contuvo salazones y de los que nada sabemos sobre su país de origen y que de su fecha sólo puede decirse que son tardíos, de los siglos III o IV.

Otro producto que tradicionalmente se consideraba de origen hispánico es el aceite; no obstante, hasta la aparición de las ánforas de la forma 20 de

<sup>14</sup> C. I. L., IV, núms. 2.585, 2.596, 2.636 y ss. C. I. L., IV, Supplementum núms. 5.605, 5.607 y ss., y C. I. L., XV, núms. 4.689, 4.691 y 4.692 y ss.

<sup>15</sup> PÉLICHET, EDGAR (1946).

<sup>16</sup> FERNÁNDEZ CHICARRO, CONCEPCIÓN (1953).

<sup>17</sup> PASCUAL, RICARDO (1962).

<sup>18</sup> BENOÎT, FERNAND (1962).

Dressel, cosa que debió ocurrir en algún momento aún impreciso del siglo II, no conocemos los envases de dicho aceite. Su procedencia bética queda fuera de toda duda; aparte de algunos testimonios epigráficos y literarios, se han hallado un sinnúmero de alfares dedicados a la fabricación de estos vasos. En estos hornos aparecen estampillas, que luego se repiten en todo el ámbito mediterráneo, llegando en algunos casos hasta el centro de Europa. El comercio del aceite bético es uno de los más conocidos y por ello no creemos necesario extendernos sobre él, sólo queremos resaltar su enorme volumen, fácilmente comprobable por la gran difusión de las ánforas de la forma 20 (lám. III, fig. 4) y por la presencia en las puertas de Roma del Monte Testaccio, colina artificial formada principalmente con cascotes de estas ánforas<sup>19</sup>. No obstante, hay que señalar que no menos famoso fue el aceite africano y que nada sabemos sobre sus envases. Es probable que éstos fuesen semejantes a los hispánicos, pero aún no está suficientemente estudiada su tipología para poder hacer distinciones, que sin duda serían de gran interés. El uso de estas ánforas, como hemos dicho, se inició en el siglo II y perduró buena parte del siguiente. En épocas más recientes no encontramos ya este tipo anfórico e ignoramos por cuál fue substituido.

La progresiva decadencia política y militar que sufrió el Imperio Romano desde mediados del siglo III y que culminó con las invasiones de los bárbaros en el siglo siguiente, provocaron la desarticulación del sistema económico establecido. Las grandes explotaciones agrícolas y las grandes factorías dedicadas a la fabricación de salazones desaparecieron, para dejar paso a otras más pequeñas, más numerosas y de ámbito local. La fabricación de ánforas estaba estrechamente ligada a la producción de estas mercancías, por lo tanto, al multiplicarse los centros productores, también se multiplicaron los alfares y con ello las diferencias tipológicas.

En esta época, los yacimientos con ánforas que nos es dado manejar son muy diferentes. Casi carecemos absolutamente de hallazgos submarinos y los conjuntos de ánforas nos son proporcionados principalmente por las necrópolis de los primeros tiempos del Cristianismo (Barcelona, Tarragona, Ampurias) y las piezas en ellas halladas están muy lejos de poseer la precisión cronológica de las aparecidas en naufragios. A todas estas circunstancias adversas debe sumarse la casi certeza de que por entonces y debido al creciente empobrecimiento que sufrió todo el Imperio, las ánforas fueron reemplazadas una y otra vez; por lo tanto, nuestros conocimientos sobre ellas son muy escasos. Si no conocemos los envases, que es el testimonio que nos queda, mal podemos hablar de su contenido; por lo tanto, mientras no se consigan algunas precisiones sobre las ánforas del Bajo Imperio, son un material del que ningún dato podemos extraer para el conocimiento del comercio antiguo.

<sup>19</sup> C. I. L., XV. Prólogo.

## BIBLIOGRAFIA

- BENOÎT, FERNAND (1961): *L'épave du Grand Congloué à Marseille*, en «XIV supplément à Gallia». París.
- BENOÎT, FERNAND (1962): *Nouvelles épaves de Provence III*, en «Gallia», XX, páginas 147-176.
- COMPANY, FRANCISCO: *Nuevo yacimiento submarino en aguas de Ibiza*, en «Actas del III Congreso Internacional de Arqueología Submarina» (en prensa).
- FERNÁNDEZ CHICARRO, CONCEPCIÓN (1953): *Actividades arqueológicas en Andalucía*, en «Archivo Español de Arqueología», XXVI, págs 435-443.
- LAMBOGLIA, NINO (1955): *Sulla cronologia delle anfore romane di età repubblicana (II-I secolo a. J. C.)*, en «Rivista di Studi Liguri», XXI, núm. 3-4, págs. 241-270.
- MAÑA, JOSÉ M.<sup>a</sup> (1951): *Sobre tipología de ánforas púnicas*, en «Crónica del VI Congreso Arqueológico del Sudoeste. Alcoy, 1950». Cartagena, págs. 203-209.
- MASCARÓ PASARIUS, J. (1962): *El tráfico marítimo en Mallorca en la antigüedad clásica (Contribución a su conocimiento)*, en «Boletín de la Cámara Oficial de Comercio, Industria y Navegación». Palma, págs. 173-183.
- PASCUAL, RICARDO (1960): *Centros de producción y difusión geográfica de un tipo de ánfora*, en «Crónica del VII Congreso Nacional de Arqueología». Barcelona, páginas 334-345.
- PASCUAL, RICARDO (1962): *Un pecio romano en Les Negres, Bagur (Gerona)*, en «Ampurias», XXIV (en prensa).
- PASCUAL, RICARDO (1962): *Notas de Arqueología de Cataluña y Baleares*, en «Ampurias», XXIV, (en prensa).
- PELICHET, EDGAR (1946): *A propos des amphores romaines trouvées à Nyon*, en «Zeitschrift für Schweizerische Archäologie und Kunstgeschichte», VIII, págs. 189-198.
- TAILLIEZ, PHILIPPE (1958): *Travaux de l'été 1958 sur l'épave du Titan à l'île du Lévant (Toulon)*, en «Atti del II Congresso Internazionali di Archeologia Sottomarina». Albenga, págs. 175-198.